

MIMI MATTHEWS

LA MUSA DE
MAIDEN
LANE



Libros de
seda

*Para Asteria.
Y para todas las criaturas
que son luz en tiempos de oscuridad.*

«Muchas noches contemplé cómo las Pléyades
atravesaban la delicada oscuridad, brillando
como un enjambre de luciérnagas enredadas en
una trenza plateada».

Locksley Hall,
ALFRED, LORD TENNYSON, 1842



CAPÍTULO 1



Hampshire, Inglaterra

Diciembre de 1862

Stella Hobhouse corría por el pasillo iluminado por la luz de gas acompañada de las notas *in crescendo* del vals *Lava-Ströme* de Strauss, mientras, con las manos enguantadas, agarraba la voluminosa falda de su vestido de noche, de seda y crepé blanco.

Conocía muy bien las inflexibles reglas que regían la vida de las damas. Esas pautas eran algo menos rígidas entre los miembros de la alta sociedad que en Fostonbury, el asfixiante pueblo del condado de Derby donde vivía con su piadoso hermano, el clérigo Daniel. Pero una de esas normas seguía siendo tan severa en Londres como en toda Gran Bretaña: una mujer respetable no se teñía el cabello.

Se sonrojó al pensar que solo las actrices y las prostitutas recurrían a argucias tan atrevidas. Una joven de la posición social de Stella jamás se rebajaría a comprar un frasco de tinte para el pelo de color oro circasiano. Ni siquiera aunque lo adquiriera por correo.

¡Dios santo!, ¿qué la había empujado a hacerlo?

¿Y en qué estaba pensando cuando decidió copiar el tono exacto de cabello castaño rojizo con notas doradas que había representado Whistler en el cuadro que ella había visto expuesto en la galería de la calle Berners? Era precisamente la pintura que le había recomendado el apuesto artista que había conocido mientras este dibujaba en el Museo Británico.

No había dejado de hacerse esa pregunta desde que entró en el gran salón gótico del conde de March y vio a ese mismo hombre —una persona que jamás esperó volver a ver en su vida— sentado en su silla de ruedas en un extremo de la pista de madera pulida. Ya no vestía un sencillo traje y la corbata anudada con despreocupación que llevaba en el

museo, sino un impecable traje de noche blanco y negro. Se dio cuenta de que era un invitado. No se trataba solo de un artista excéntrico que merodeaba por las salas de retratos del museo, sino de un caballero.

La había asaltado una oleada de vergüenza tan poderosa que ahogó cualquier pensamiento racional. Su único instinto fue abandonar el salón antes de que él la viera. Y eso fue precisamente lo que hizo Stella: huir.

Se escondió en una salita sombría al final del pasillo. La seguían las crecientes y decrecientes notas de un vals que debería estar bailando con algún caballero. Apoyó la espalda en el papel satinado de aquella pared oscura y se llevó una mano a la cintura encorsetada mientras intentaba tranquilizarse y controlar la respiración.

Tampoco es que hubiera cometido un crimen. Solo era una pequeña puesta en escena. Quiso darse la oportunidad de ser otra persona para variar. De experimentar la vida como una joven cuyo cabello no se había encanecido a los dieciséis años.

Aparte de su mejor amiga, lady Anne Deveril, de entre los presentes solo la madre de Anne, la condesa de Arundell, y su amigo, el señor Hartford, sabían cómo era antes de teñirse. En la fiesta no había nadie que la conociera. Y de ser así, dudaba mucho que la reconocieran. Al tratarse de una joven de cabello gris, de origen modesto y escasa fortuna, los demás acostumbraban a no hacerle el menor caso. Nadie la veía nunca. A decir verdad, nadie parecía fijarse en ella.

Pero esa noche, había atraído todas las miradas. Anne había dicho que estaba radiante. Etérea. Y por primera vez en su vida, Stella se había sentido así.

Hasta que lo había visto.

Y era él, por mucho que hubiera cambiado su forma de vestir. Tenía el mismo cabello negro como la tinta. El mismo rostro de rasgos marcados y sonrisa incisiva. Un rostro peligroso. El semblante de un caballero que veía demasiadas cosas. Una mirada a la que nada ni nadie escapaba.

Stella suspiró temblorosa. Aquel ridículo arrebató de vergüenza infantil no serviría de nada. Tenía veintidós años. Era una joven tranquila y sensata, no una chiquilla sin experiencia propensa a los ataques de nervios.

Debía recuperar la compostura y volver al baile.

Era la solución más sensata. La fiesta en casa de lord March duraría una semana y durante ese tiempo habría innumerables celebraciones

navideñas. No podría esconderse todo el tiempo. Además, era muy probable que el caballero no la reconociera. Solo la había visto una vez, y el encuentro fue muy breve.

¿Su reacción había sido exagerada?

¡Desde luego!

Era imposible que el caballero la recordara. El día del museo habían estado juntos menos de cinco minutos y apenas habían intercambiado unas pocas palabras. No le cabía ninguna duda de que la había olvidado en cuanto la perdió de vista.

Stella se sintió un poco tonta al pensarlo bien.

Se separó de la pared, se alisó la falda y se armó de valor para volver al salón de baile. Fue entonces cuando lo oyó: el inconfundible traqueteo de unas ruedas acercándose por el pasillo de mármol. El sonido cesó de golpe frente a la puerta de la salita donde se escondía.

La voz grave de un caballero resonó en la oscuridad.

—¡Dios mío! —dijo con alegre asombro—. Es usted.



Teddy Hayes guio su silla de ruedas hasta el interior oscuro de la salita. No pensaba quedarse esperando una tarjeta de invitación con ribetes dorados. Y menos después de haber pasado los últimos tres meses odiándose por no haberse interesado por el nombre de la misteriosa joven cuando se habían visto.

Quedó tan impresionado por ella entonces, tan deslumbrado, que ni siquiera se le ocurrió preguntar hasta que ella se había marchado. Y entonces ya era demasiado tarde. No había quedado nadie que pudiera informarle o algún conocido de la alta sociedad que pudiera revelar su identidad.

Ese era el inconveniente de ser nuevo en Londres.

Teddy estaba de visita. Era un invitado, no era un miembro de la alta sociedad. Aparte del pequeño círculo de amigos del que se rodeaban su hermana mayor, Laura, y su esposo, Alex Archer, no había nadie a quien pudiera pedir información. Por mucho que quisiera a sus familiares, se resistía a solicitar su ayuda en tales asuntos. Algunas cosas debían ser privadas. En especial cuando se trataba de diosas de cabello plateado que conocía en el Museo Británico.

—¿Por qué ha escapado? —preguntó.

La joven estaba de pie con la espalda pegada a la pared. Su falda blanca, adornada con perlas y crepé, se extendía frente a ella en forma de arco por encima del miriñaque.

—Yo no he escapado —repuso con aspereza.

Era lo primero que decía desde que él había entrado en la estancia. Tenía una voz delicada y uniforme, con un toque aterciopelado. Una voz relajante y seductora al mismo tiempo.

Teddy sintió una oleada de calor inesperada que lo hizo temblar de pies a cabeza.

Reprimió la sensación enseguida. No la había seguido porque se sintiera atraído por ella. Al menos no como hombre. Su interés era puramente artístico.

—Claro que sí —insistió.

En cuanto la había visto desde la otra punta del salón abarrotado, ella se dio media vuelta y desapareció por la puerta envuelta por el brillante remolino de la falda. La había mirado mientras la orquesta iniciaba el vals, preguntándose por un momento si se habría equivocado.

—Estaba un poco mareada —respondió ella a la defensiva—. Necesitaba aire.

—¿Y ha venido a buscarlo aquí? —Echó una ojeada recelosa por la salita mientras impulsaba la silla de ruedas hacia la lámpara más cercana. Estaba sobre una mesa baja de nogal con incrustaciones, junto a uno de los sofás tapizados en damasco. Encendió una cerilla y un suave halo de luz iluminó toda la estancia.

—Al menos podría haber abierto una ventana.

—Por si no se ha dado cuenta, llueve mucho fuera —respondió, mientras él giraba la silla para mirarla.

Teddy la observó a la luz de la lámpara de gas. Le pareció diferente a la de aquel día en el Museo Británico. Hacía varios meses que vivía con su recuerdo grabado en la mente.

No era porque fuera la mujer más hermosa que había visto en su vida, aunque era preciosa. Se debía a que ella era distinta. Y no se trataba solo de una singularidad en sus modales, su vestido o el peinado. Era asombrosamente distinta.

Cuando coincidieron ese día en la Galería del Rey, ella tenía todo el cabello plateado, del color del platino fino o la plata esterlina. Y ese rasgo, combinado con sus ojos azul plateado y la delicada seriedad de sus modales, le confería la apariencia propia de un espíritu resplandeciente

y vaporoso, recién descendido del cielo para relacionarse con la modesta humanidad.

Le había recordado a una de las Pléyades mitológicas: las siete hermanas que el dios griego Zeus transformó en estrellas para adornar el cielo nocturno. Teddy nunca había visto a una mujer que encarnara mejor el mito. Como artista, la imagen lo había dejado muy impresionado.

—Yo me doy cuenta de todo —afirmó.

La joven tragó saliva con disimulo. Se dirigió muy despacio hacia la puerta.

—Disculpe. Debo volver al salón de baile. Mis amigas estarán preguntándose...

—Confío en que no me tendrá miedo.

Se quedó quieta y apretó los labios adoptando una expresión un tanto ofendida.

—Claro que no.

—Pues parece que sí.

—De ser así, sería solo porque no le conozco.

—Claro que nos conocemos —le recordó—. Fue hace unos meses. Estaba usted en la Galería del Rey del Museo Británico admirando un dibujo de Van Dyck.

—Ya me acuerdo —admitió ella con frialdad.

Sonrió. Claro que se acordaba. En aquella ocasión él la había ofendido. Había sido demasiado directo. Demasiado sincero. Era un defecto que tenía, agravado por la virulenta escarlatina que había contraído en su juventud. La enfermedad le había dejado las piernas parcialmente paralizadas, pero no había mermado su avispado ingenio. A decir verdad, su hermana solía afirmar que cuanto más limitado se sentía Teddy por su discapacidad, menos dispuesto se mostraba a morderse la lengua.

No lo hacía a propósito. No pretendía ser grosero ni cruel. Pero él sabía mejor que nadie lo corta que podía ser la vida y lo inesperado que podía ser el fin. El tiempo que le quedaba era demasiado valioso para desperdiciarlo. No tenía paciencia para andarse con rodeos.

—Le recomendé un cuadro —dijo—. La nueva obra del señor Whistler: *La dama de blanco*. Estaba expuesta en la galería de la calle Berners por aquel entonces.

Ella se sonrojó hasta la raíz del pelo. Su cabello castaño rojizo, del mismo tono que el de la dama de cabello color tiziano representada en el cuadro de Whistler.

—Cómo iba a olvidarlo —reconoció ella—. Aunque eso no significa que le conozca. No nos han presentado como es debido.

—Eso tiene fácil arreglo. —Hizo girar un poco la silla para acercarse a ella—. Me llamo Edward Hayes. Casi todos me llaman Teddy. ¿Y usted?

—Stella Hobhouse, pero esa no es la cuestión...

—Stella —repitió él. A sus labios asomó una sonrisa complacida—. Como una estrella. —Tenía que ser una señal. Estaba destinado a reencontrarse con ella.

Ella se irguió ofendida.

—No le he dado permiso para usar mi nombre de pila.

—Es demasiado hermoso para no hacerlo. —Acercó la silla—. Por cierto... ¿qué le ha pasado a su cabello plateado, Stella?

Se quedó boquiabierta.

—¡Eso... no es asunto suyo!

—Supongo que se lo ha teñido. —Frunció el ceño—. Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Cómo se atreve, señor? ¿Cómo se atreve a hacer esa clase de comentarios personales sobre mí? —Guardó silencio unos segundos—. ¿Así es como se dirige a sus conocidas?

—¿Con honestidad y franqueza? Sí, así es como me dirijo a las damas. Les hablo del mismo modo que hablo con los caballeros. No veo la necesidad de insultarla con eufemismos.

—No es un insulto. Es decoro. Cortesía. Hay reglas...

—Sí, he oído hablar de ellas. Supongo que así debe de ser en Londres. Pero ya no estamos en Londres. Estamos en Hampshire. —Volvió a sonreír—. Y tengo entendido que las fiestas en las casas son salvajes.

Ella le clavó sus ojos azules y plateados, debatiéndose entre la intriga y el horror.

—¿Qué le trae a Sutton Park? ¿Conoce a lord March?

—No —admitió.

—Entonces, ¿qué hace en su fiesta?

—No estoy aquí por decisión propia —confesó—. Mi hermana y mi cuñado estaban invitados. Como vine con ellos desde Francia, pensaron que sería mejor que los acompañara.

Había sido la única manera de tranquilizar a Laura. Él llevaba cinco años postrado en aquella silla, y durante los primeros ella había sido su cuidadora. A su hermana le costaba abandonar ese cargo. Aunque

Teddy estuviera mejor de lo que había estado en mucho tiempo, todavía se preocupaba demasiado por él.

—Me dijeron que podría aprovechar para dibujar. —Miró con tristeza la lluvia que resbalaba a cántaros por las ventanas—. Me reservo mi opinión.

Ella se acercó poco a poco a la puerta.

—¿Sus parientes son conocidos de lord March?

—Solo un poco. Mi cuñado tiene intención de comprar una nueva variedad de las rosas del conde para nuestra perfumería en Grasse: Perfumes Hayes. Tal vez haya oído hablar de nosotros.

Ella volvió a detenerse, presa de la curiosidad.

—¿Agua de Lavanda Hayes? —preguntó con un brillo radiante al reconocerlo—. ¿Es suya?

Por una vez, Teddy agradeció la escasa fama que el negocio de perfumes de su difunto padre había dado al apellido familiar.

—En parte. Heredé la mitad de la empresa cuando murió mi padre. Pero son mi hermana y mi cuñado quienes la dirigen. Yo tengo otros intereses.

—Es usted artista —supuso ella.

—Así es. —Guardó silencio un momento—. ¿Puedo hacerle una pregunta impertinente?

La joven rio con cierta reticencia.

—¿No lo ha hecho ya?

Teddy sonrió con más ganas.

—Dígame, Stella...

Ella bajó la barbilla y negó con la cabeza.

—Por favor, no me llame así.

—Dígame, señorita Hobhouse —se corrigió—, ¿se opondría a que la pintara?



CAPÍTULO 2



Stella creía estar curada de espantos. Sin embargo, ante la extravagante petición del caballero, volvió a escandalizarse.

—¿Pintarme? —Lo miró con fijeza—. ¿Se refiere a un retrato?

—Sí, exacto. —Estaba sentado frente a ella en su silla de ruedas, tan apuesto como ella lo recordaba de su breve encuentro en el museo.

A decir verdad, en ese momento le parecía más impactante, debido a la elegancia de su vestimenta.

Lucía un traje de noche de corte impecable. Y su brillante cabello negro, que en aquella ocasión llevaba alborotado, estaba perfectamente peinado y engominado. Enmarcaba un rostro delgado, de pómulos altos, mandíbula bien esculpida e inteligentes ojos azul grisáceo bajo unas cejas de ébano, rectas e inflexibles. Un rostro austero, suavizado apenas por una boca tan sensual que resultaba inquietante.

El señor Hayes, o Teddy Hayes, como se había presentado con tanto descaro, era sin duda el hombre más singular que Stella había conocido. Y no era porque fuera en silla de ruedas, aunque eso era bastante inusual en la alta sociedad. La mayoría de las personas pudientes temían a la enfermedad. Se esperaba que los inválidos se retirasen a sus hogares para recibir los debidos cuidados y, de esta forma, ocultar sus debilidades físicas a los desconocidos sanos. A menos, claro, que el inválido estuviera tomando baños en Bath o Harrogate, o disfrutando del aire en el parque.

Pero la singularidad del señor Hayes no se debía a la silla. Se debía enteramente a su actitud.

Era alegre e implacablemente directo a un mismo tiempo. Cualidad que ella había observado por primera vez cuando se conocieron en la Galería del Rey. Ese porte serio. Esa forma brusca de hablar. Daba la impresión de no hallar inconveniente en acorralar a una joven soltera en una habitación oscura y hacerle proposiciones descaradas.

¿Acaso no tenía escrúpulos o decoro?

La impertinencia de ese hombre indignaría mucho a Daniel, el hermano mayor de Stella. Y a Anne también, por cierto. Stella estaba algo menos ofendida. Atónita, desde luego, pero ella no era propensa a desmayarse.

Después de todo, el señor Hayes ya no era un completo desconocido. Y no solo porque se había presentado, sino porque había admitido ser copropietario de Agua de Lavanda Hayes. La famosa marca británica era una de las fragancias más respetables que podía usar una dama. En su juventud, cuando sus escasos recursos le alcanzaban para permitirse los pequeños lujos de la vida, era precisamente la fragancia que Stella solía utilizar para rociarse el cuerpo desnudo después del baño.

¡Dios mío! ¡Se avergonzaba solo de pensarlo!

Y eso fue lo que la ruborizó.

En cuanto a su sugerencia de pintarla...

—Bajo ningún concepto —afirmó—. No soy modelo.

El señor Hayes no se inmutó.

—Mejor aún. Una modelo con experiencia no me sirve para nada. Busco una apariencia particular. Una cualidad única. Hasta que la vi en el museo, había perdido la esperanza de encontrarla.

En otras palabras, quería una rareza.

A Stella se le hizo un nudo en el estómago. A ninguna dama le gustaba que la consideraran única por su defecto más notorio.

—Quiere usted pintar a una dama con canas —espetó—. Hay cientos. Miles, incluso. Puede usted elegir.

—No hay ninguna como usted. —Su intensa mirada la recorrió de pies a cabeza, desde el adorno de cristal hilado que lucía en el pelo hasta el dobladillo de la falda blanca de seda y crepé—. No que yo haya visto.

Ella resopló con desdén.

—Ya imagino. No es frecuente que una dama de mi edad...

Se calló de golpe.

¿Qué demonios hacía hablando con él sobre su pelo? Debería haberse marchado en cuanto lo comentó en lugar de quedarse allí para complacer su lascivo interés. Ni siquiera a un artista se le disculparía por hablar de la figura de una dama con tanta franqueza.

—No es por su juventud. —Volvió a girar la silla hacia ella—. Ni siquiera es el color de su pelo, aunque es impresionante.

«Impresionante».

La palabra resonó en la estancia en penumbra. Stella la oyó no solo con los oídos, sino también con el corazón, fue como un bálsamo para su orgullo herido. Sabía que no debía animarlo, pero...

—¿Qué es entonces? —preguntó.

—Pues una estrella, Stella —dijo—. ¿Nadie se lo ha dicho? Es esa cualidad la que necesito pintar.

El cumplido la dejó sin aliento. La habían elogiado muy pocas veces en su vida, y nunca por su belleza. ¡Y la había llamado estrella, nada menos!

El señor Hayes había pronunciado las palabras con naturalidad, pero sin pizca de frivolidad. A sus ojos asomaba una seriedad que contrastaba con su actitud relajada. «Necesito pintarla», había dicho. No «deseo». Aquel propósito significaba algo para él. Mucho, si Stella no se equivocaba.

Se acercó a ella.

—Me fascina la luz, ¿sabe? Plasmarla en el lienzo es todo un arte. Se puede ver en las obras de Turner y Constable. Y en otras modernas, como la de Whistler. Puedo enseñársela, si quiere, cuando volvamos a Londres.

La expectativa le encogió el corazón a Stella.

—¿Supone que volveremos a vernos?

—Claro. —Al sonreír dejó entrever un breve destello de sus dientes blancos y uniformes—. He tardado tres meses en encontrarla. No creo que la deje marchar.

Una ola de calor le trepó por el cuello. Debería estar ofendida. Pero era difícil indignarse cuando el señor Hayes hablaba con tanta naturalidad.

No pudo evitar soltar lo primero que le pasó por la cabeza:

—¿Qué peculiar es usted.

Él sonrió con picardía.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Puede tomarlo como quiera. Pero no consentiré que me pinte, señor. Mi hermano es clérigo.

Esa vez la sonrisa asomó también a los ojos del señor Hayes.

—Parece una incongruencia.

—No pensaría eso si conociera a mi hermano. Y si él se enterara de esto...

—¿Es necesario que lo sepa?

Stella sintió una punzada de indignación y se puso tensa.

—¿Cree que ando por ahí engañando a mis seres queridos?

A él se le borró la sonrisa y adoptó una expresión inquietantemente seria mientras la observaba.

—No. Supongo que no. Imagino que es usted leal hasta la médula. Otra razón por la que brilla con tanta intensidad.

Ella agachó la cabeza, se negaba a seguir tolerando más halagos.

—De verdad, señor, esto es demasiado. No debería aprovecharse así de mí.

—No tengo elección. Me rehuyó usted una vez. No puedo arriesgarme a que lo vuelva a hacer.

—Esto no es el Museo Británico. Es una fiesta de invierno. Los dos estamos encerrados aquí hasta que termine. No podría evitarle aunque quisiera.

—Apuesto a que es usted capaz de cualquier cosa que se proponga —afirmó—. Solo le pido que...

—No —insistió—. Es imposible.

Hizo girar la silla hacia ella.

—Pero debo pintarla. Me volveré loco si no lo hago.

Stella no pudo evitar sentirse culpable. ¿Qué daño podía hacer que posara para un retrato?

No.

Quizá fuera lo bastante rebelde como para teñirse el pelo, pero esa rebeldía debía tener un límite. El tinte circasiano era temporal. Un cuadro sería para siempre.

—Lo lamento mucho —dijo. Y antes de que pudiera ceder a la tentación y preguntarle algo más sobre su obra (o peor aún, sobre él), se recogió la falda y salió disparada de la habitación.



Esa vez, Teddy no hizo ademán de seguirla. Se quedó en la salita en penumbra maldiciéndose por haberse mostrado tan vehemente.

De todas las cualidades masculinas ofensivas que las damas detestaban, la impulsividad era una de las peores. Eso decía Alex. Un caballero nunca debía revelar sus cartas. Nunca debía admitir que deseaba la compañía de una dama más de lo que una dama deseaba la suya. Hacerlo

suponía situarse de inmediato en una posición de debilidad. Y las damas detestaban la debilidad en un hombre, casi tanto como aborrecían la imprudencia.

Teddy se frotó el mentón algo frustrado. A diferencia de su cuñado, que había pasado su juventud ganándose la vida como jugador por Europa, a Teddy no le gustaba jugar a cartas. Había pensado que podría persuadir a la señorita Hobhouse diciéndole la verdad. La había tratado con total honestidad. No se había andado con rodeos al hablar de su belleza ni de su desesperación por plasmarla en un lienzo. Se había sincerado del todo.

Y ese era el motivo por el que estaba sentado allí, solo.

—¡Maldita sea! —murmuró.

No estaba acostumbrado a convencer a damas de buena cuna para que posaran para él. Hasta entonces se había limitado a retratar a su hermana y su tía, y luego, con el tiempo, a las esposas de sus amigos. También había pintado a otras mujeres. Aunque no eran damas precisamente.

Durante sus años de estudio en París, cuando era un joven y diligente discípulo del artista y profesor Charles Gleyre en su renombrado taller de Montparnasse, muchas prostitutas estaban dispuestas a posar por unos pocos céntimos. El portafolio de Teddy estaba repleto de bocetos de ellas. Sus compañeros de estudios podían presumir de lo mismo. A decir verdad, las profesiones de prostituta y modelo solían ir de la mano.

Esas mujeres solían vivir ocultas en los burdeles, pero de vez en cuando se las podía encontrar en otros lugares, deambulando por las calles o paseando por algún jardín público. Teddy había pasado incontables horas sentado junto a los elegantes paseos del Bosque de Boulogne, esperando la aparición de su musa.

Pero cuando por fin ocurrió, no fue en un parque parisino ni en un burdel. Fue en Londres, en una galería sofocante del Museo Británico. Un encuentro que ocurrió por pura casualidad, cuando él menos lo esperaba.

Y esa vez, la musa que despertó su atención fue auténtica. No se trataba de un capricho pasajero que pudiera inspirar uno o dos bocetos, sino una auténtica Calíope, Clío o Erato de carne y hueso. Una musa capaz de inspirar una obra maestra.

Había pasado los últimos tres meses convencido de que nunca volvería a verla.

—¿Teddy? —La voz de su hermana se oyó desde el pasillo—. ¿Estás ahí?

Suspiró. No le extrañaba que hubiera ido a buscarlo. Seguro que pensaba que había tenido alguna dificultad.

—¡Aquí dentro! —le respondió.

Laura apareció en la puerta unos segundos después. Llevaba un vestido de gala de seda azul celeste, adornado con cintas plisadas y encaje de seda natural. Sobre la cabeza, y a modo del clásico gorrito de dormir empleado por las matronas, lucía un retal confeccionado con el mismo encaje de seda natural con el que cubría el hermoso moño moreno que se había hecho con la trenza.

Tenía veintisiete años, solo tres más que él. Una diferencia insignificante, multiplicada, en silencio, por el peso de la discapacidad de Teddy y la suya. Laura había contraído escarlatina al mismo tiempo que él. Le había afectado a los pulmones y, al principio, le costaba respirar cuando se esforzaba demasiado. Aun así, cuidó de él durante su enfermedad. De hecho, lo había cuidado durante tanto tiempo que no podía evitar sentirse más como una madre que como su hermana.

Teddy la adoraba por eso, aunque no le gustaba que se preocupara tanto.

—Estoy bien, antes de que preguntes. Estaba hablando con una señorita.

Laura sonrió al acercarse. Su falda emitía un susurro de costosa seda francesa al rozar sus enaguas bien almidonadas. Los años que llevaba viviendo en el continente la habían ayudado a mejorar la calidad de sus prendas, pero su esencia británica, sensata y práctica, permanecía inalterada.

—¿La muchacha de pelo castaño rojizo que acabo de ver corriendo por el pasillo?

—Sí. —Frunció el ceño—. Es decir, no. No tiene el pelo castaño rojizo. Es la dama de la Galería del Rey.

Laura arqueó las cejas. Llevaba tres meses oyendo cómo Teddy se lamentaba por la pérdida de su musa. Y ella sabía mejor que nadie lo que había significado para él.

—¡La has encontrado! Ay, Teddy...

—Sí, la he encontrado, pero la he vuelto a perder. —Frustrado, se pasó la mano por el pelo, alborotando los mechones que tan bien había peinado con pomada—. La he asustado.

Su hermana se sentó al borde de una silla. Enseguida adoptó un tono consolador.

—Tú no podrías asustar a nadie.

—En ese caso la he escandalizado.

—Es difícil que se escandalice con facilidad si se ha teñido el pelo —señaló ella.

Teddy no podía negar aquella verdad. Conocía lo suficiente a las damas —y a la sociedad respetable— como para saber que teñirse el pelo se consideraba tan indecoroso como pintarse la cara. Pero la señorita Hobhouse era sin duda la excepción a la regla. No usaba cosméticos para embellecerse. Más bien, al contrario. Al teñirse el pelo, intentaba parecer corriente. Estaba convencido de ello, aunque no lo comprendiera del todo.

—No creo que esperara encontrarse con ningún conocido —dijo.

—Debe de conocer a alguien —respondió Laura—. ¿Cómo iba a estar invitada si no?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Te has quedado con su nombre al menos?

—Señorita Hobhouse.

No mencionó su nombre de pila. Stella, por estrella. Era demasiado íntimo. Demasiado perfecto. Quería quedárselo solo para él, aunque solo fuera por un rato más. Fue un impulso romántico y tonto, y muy acorde con el resto de aquel asunto infernal, pues había estado idealizando a su desconocida de cabello plateado desde el momento en que la vio por primera vez.

—Por lo visto es hermana de un clérigo —añadió.

—Ah, ¿sí? —Se hizo un silencio largo—. Es muy guapa.

—Sí —asintió malhumorado—. Aunque no me sirve de nada.

Laura volvió a sonreír.

—No te desanimes. Está en Sutton Park, ¿verdad? Tendrás muchas ocasiones de robarle algunas miradas y hacer un boceto durante las fiestas.

—Y «robar» sería la palabra clave. No me ha dado permiso.

—Podrías hacer alguna concesión.

—¿Como por ejemplo?

—Podrías alterar su rostro antes de plasmar tu boceto preliminar en el lienzo. Sería una forma de respetar...

—La quiero entera —la interrumpió con impaciencia—. Su rostro. Su figura. Su cabello plateado. Esa es mi estrella. Debe ser todo o nada.

Laura frunció el ceño con preocupación.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada.

—Bobadas. No me costará conocerla. Una vez que lo haga...

—¿Qué harás? ¿Encontrarás la forma de que entablemos amistad?
—se burló él—. No, gracias.

Puede que no fuera tan independiente como quisiera, pero seguía siendo un hombre. No permitiría que su hermana mayor actuara de intermediaria con una jovencita. Y menos con aquella.

—No me queda más remedio que intentarlo de nuevo por mi cuenta —dijo—. Tendré más tacto la próxima vez. Intentaré no asustarla.

—Tienes una semana entera para probar tu estrategia.

Teddy torció el gesto. Sabía cuándo su hermana lo estaba poniendo a prueba.

—Estrategia, ¿eh? Llevas demasiado tiempo casada con Alex. ¿Dónde está, por cierto?

—La última vez que lo he visto estaba hablando con uno de los señores naturalistas sobre la acidez del suelo.

—Un tema fascinante.

—Parecía estar disfrutando.

—Apuesto a que sí. —Lo que más le gustaba a Alex Archer era ganarse la confianza de la gente. No le cabía ninguna duda de que, al final de la velada, poseería todos los secretos botánicos del reino—. ¿Y tú? —Observó el rostro de su hermana—. ¿Lo estás pasando bien?

A diferencia de su marido, Laura estaba acostumbrada a una vida más tranquila. Antes de que ella se casara, Laura y Teddy habían vivido juntos en una pequeña casa de campo en Surrey, prácticamente aislados, bajo el dudoso cuidado de su anciana tía Charlotte. Incluso en su perfumería de Grasse, Laura y Alex eran muy reservados y disfrutaban mucho más de la compañía mutua que del *glamour* y la emoción de sus habituales viajes a París y Londres.

Teddy era quien ansiaba emociones, para su constante frustración. Cada aventura suponía un obstáculo. Y no todos los contratiempos surgían del mundo que lo rodeaba. Algunos los creaba su familia, las personas que más lo querían. Sentía sus restricciones tanto como las de su silla. Peor aún, porque últimamente esas limitaciones habían sido más difíciles de superar.

—Tengo muchas ganas de volver a casa —confesó Laura con franqueza—. Cosa que, en realidad, es una tontería. Volveremos pronto, en primavera, cuando todo esté floreciendo.

—Podrías regresar antes —sugirió su hermano.

—¿Y acortar nuestra visita a Tom y Jenny en Londres? ¿O nuestro viaje a Devon después de Navidad para ver a Justin y Helena, y a Neville y Clara? Por no mencionar este asunto de las rosas para la perfumería. —Negó con la cabeza—. No. Debemos quedarnos en Inglaterra hasta marzo. Estoy decidida a disfrutar de la estancia.

Teddy conocía a todos los amigos de la infancia de su cuñado y a sus esposas. Tom y Jenny Finchley, Justin y Helena Thornhill, y Neville y Clara Cross eran casi como de la familia para Alex y Laura. Y también para Teddy. Lo habían aceptado en su círculo con la misma facilidad con la que acogieron a Laura. Cosa que él pretendía aprovechar cuando la pareja regresara a Francia.

Su hermana aún no lo sabía, pero él no tenía intención de volver a casa con ellos.

—Lo dices como si fuera un sacrificio.

—No es así. Me encanta bailar con Alex dondequiera que estemos.

—Ah, sí, bailar... —Esbozó una mueca—. Me resulta un poco incómodo con la silla.

La compasión iluminó los ojos azul grisáceos de la mujer. No sentía lástima por él, pero comprendía las dificultades que tenía para abrirse camino en el mundo.

—No tenías por qué haber venido al baile. A lord March no le habría importado.

—Me habría importado a mí. Tal vez no pueda bailar, pero pueden hacerme un hueco en el salón. Y si a alguien le incomoda verme...

—Pues claro que no —protestó Laura, horrorizada por la sugerencia.

Teddy reprimió un gesto de irritación. Su hermana quizá quisiera edulcorar la situación, pero no tenía sentido engañarse. Era mejor ver su discapacidad de la forma más pragmática posible. Y eso significaba reconocer cómo lo percibían los demás.

Su silla era molesta, tanto física como visualmente. La habían fabricado a medida para él en Francia y se asentaba sobre el eje de un carruaje, disponía de un asiento de respaldo alto de madera bien acolchada, dos grandes ruedas con radios a cada lado y una rueda más pequeña en la parte trasera, que ayudaba a girar. Era una clara mejora respecto a la

tradicional silla Bath, que solo podía ser tirada por un caballo o empujada por un asistente, pero era imposible no verla como lo que era: una silla de inválido. Un artilugio incómodo para un hombre incapaz de mover las piernas.

—Los hay que sí —aseguró—. A la gente no le gusta que le recuerden su propia mortalidad. Les incomoda.

—Qué tontería.

—Sí. Exacto. —Forzó una sonrisa—. Por suerte, no vivo para hacer sentir cómodo a nadie, excepto a mí mismo. Y me gusta escuchar la música y ver a los bailarines. Además, es probable que la señorita Hobhouse haya vuelto al salón de baile. Ella también bailará.

Laura frunció el ceño algo dudosa.

—¿Te conformarás con observarla?

Teddy se encogió de hombros.

—Será suficiente —aseguró—. Por ahora.

Tendría que serlo.